

IMÁGENES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LA POESÍA DE EXPRESIÓN INGLESA

*When the hurlyburly's done,
When the battle's lost and won.
Cuando finalice el estruendo,
cuando la batalla se pierda o se gane*
(Shakespeare, *Macbeth*, I, i, 3-4)

En julio de 1936 el pueblo español se encaró con la alternativa de sumisión o resistencia.

Escogió resistir y, como sus antepasados en más de dos mil años, luchó magníficamente...

Fueron vencidos, pero no humillados en sus almas.

(Gabriel Jackson, *La República española y la guerra civil*)

A juzgar por el elevado número de poetas, novelistas, ensayistas y periodistas que acudieron a España entre 1936 y 1939, bien podría parecer ésta una guerra de escritores. La ingente cantidad de poemas, artículos periodísticos, diarios, novelas e incluso piezas teatrales, podría confirmar este aserto.

Efectivamente, en muchos de los hombres de letras que se trasladaban a España, parecía revivir la llama que, en su día, llevara a Byron a perder la vida luchando por una causa política muy alejada de su país. El atractivo de los países mediterráneos nunca ha perdido vigencia entre la intelectualidad anglosajona, como lo demuestra el cúmulo de libros de viajeros publicados en los últimos siglos.

La guerra civil española les proporcionaría a muchos escritores un pretexto quizá no muy alejado del que empujara a Byron, 113 años antes, a empuñar en Grecia la bandera de

la libertad, una bandera por entonces «rasgada, pero flameando contra el viento cual una nube de tormenta», en palabras del propio poeta. España pasó así de ser un mera referencia geográfica para convertirse en el símbolo de toda una causa. Y ese idealismo sobreviviría a lo largo de casi todo el tiempo que duró la contienda.

Era un sentir generalizado —al menos en ciertos medios— que en la Península Ibérica estaba en peligro el futuro de las libertades europeas. Un nuevo fantasma —el fascismo— estaba recorriendo el viejo continente, y los intelectuales (no sólo los de izquierdas) intuían la importancia futura que, en un sentido o en otro, habría de tener el resultado de la guerra civil española. Tal vez nunca desde los tiempos de la Revolución Francesa, la opinión pública se sensibilizó y dividió hasta tal punto por causa de un acontecimiento político, acerca del cual las autobiografías y memorias, los diarios y testimonios, los estudios críticos y la iconografía, las canciones y las películas, o los acercamientos históricos publicados en los países más diversos, se cuentan por millares.

De este modo, muchos jóvenes poetas comprometidos tuvieron la oportunidad de llevar a la práctica las teorías revolucionarias que antes habían postulado. Estos escritores «alzados en armas», veían en ese momento la necesidad de utilizar la poesía como propaganda política, como arma de combate, y en su propia carne un buen número de ellos pudo experimentar esta dura lección de sangre y fuego, riesgo ineludible al dar preeminencia a la acción sobre la metáfora, porque la guerra, esa estúpida destrucción del hombre por el hombre, deja de ser metáfora en cuanto el poeta empuña un fusil en la trinchera.

Muchos intelectuales de distintos lugares del mundo, fuertemente politizados, compartían una gran simpatía por el pueblo español, y fustigaban la esterilidad burguesa de sus propios países frente a la vitalidad de una cultura, en su opinión, mucho más sana y primitiva. Para ellos, la guerra civil española se transforma en un combate por la dignidad humana, en el que no les basta con ser meros espectadores en la distancia, sino que asumen el papel de actores en la tragedia. Nos encontramos así con jóvenes corresponsales enviados por periódicos y agencias, que no se limitan a cumplir escuetamente con su cometido, sino que toman parte en la acción, demostrando que la pluma, la máquina de escribir y el máuser se pueden manejar con idéntica soltura. De este modo, al tiempo que unos intelectuales luchaban en España, otros espoleaban a la opinión pública en sus países respectivos por medio de artículos, poemas, discursos en las manifestaciones organizadas para recabar fondos, etc. Constituía entre ellos un sentir generalizado que la neutralidad no era suficiente en un conflicto en el que estaba en juego la defensa del espíritu humano. Bien es verdad que ese espíritu estaba encarnado en uno y otro bando, de acuerdo con las preferencias del escritor y su interpretación ideológica de la guerra. Para unos —los más— la legitimidad política y moral de los leales al gobierno republicano era acreedora de todo tipo de ayudas que contrarrestaran los perniciosos efectos de una neutralidad mal entendida por parte de los países de origen. Para otros —los menos— el apoyo lo merecían los generales sublevados. Inevitablemente, ambas posturas, dispares e irreconciliables, tenían que dar lugar, en el ámbito de la poesía, a exageraciones, distorsiones, e incluso graves inexactitudes históricas, debidas, tal vez, más al exceso de entusiasmo que al torbellino de la guerra civil arrastraba consigo que a la mala fe de los poetas. En ese contexto resultaba difícil no dejarse arrastrar por concepciones demasiado simplistas y radicales.

La intelectualidad europea fue la que primero se sintió sacudida por los acontecimientos que en julio de 1936 comenzaron a desencadenarse en España. Figuras de renombre en

las letras francesas como, por ejemplo, André Gide, Paul Eluard, Louis Aragon, George Bernanos, François Mauriac, Saint-Exupéry, o André Malraux (que tomó parte activa en la lucha) alzaron sus voces en favor de la República. Emigrados alemanes publicaron en otros países obras literarias que abogaban por la misma causa, como *Die Kinder von Guernika* (*Los niños de Guernica*) de Hermann Kesten, novela publicada en Amsterdam en 1939; o los poemas de Becher, impresos en Moscú, también en 1939; o los relatos de Ludwig Renn y los reportajes de Egon Erwin Kisch; o la conocida obra teatral de Brecht *Die Gewehre der Frau Carrar* (*Los fusiles de la madre Carrar*), estrenada en París en octubre de 1937. Y, aunque en menor medida, nombres italianos, como Elio Vittorini, Rinaldo Pacciardi, Pietro Nenni, Carlo Rosselli, Luigi Longo, o Giuliano Carta, están de una u otra forma ligados a la guerra civil española, y manifiestan una toma de conciencia ante ese trágico suceso.

Ernest Hemingway, con sus crónicas, con su novela *For Whom the Bell Tolls* (*Por quién doblan las campanas*), y con su obra de teatro *Fifth Column* (*La quinta columna*), es quizás el norteamericano más conocido de entre quienes escribieron sobre la guerra española, seguido por John Dos Passos y Upton Sinclair. Dos Passos, gran conocedor de nuestro país y de su cultura, no tardó en desengañarse de la ideología que había inspirado alguna de sus mejores novelas al percatarse de que en ambos bandos se cometían actos execrables, y al tener confirmación de que su gran amigo, el hispanista José Robles, había sido asesinado en Madrid en extrañas circunstancias. Las dolorosas imágenes del calvario español le perseguirían en el futuro como fantasmas de su propio desencanto. Upton Sinclair publicó en 1937 la novela *No pasarán*; la trama se sitúa en España y el autor aboga sin ambigüedades por la necesidad de un frente común antifascista.

Muchos periodistas norteamericanos, como Herbert Matthews, Lawrence Fernsworth o Jay Allen, proclamaban su fervor por la República y describían para sus lectores las atrocidades de los bombardeos de Guernica y Almería, o las ejecuciones de Badajoz. Y publicaciones periódicas, como *New Masses* y *New Republic*, recibían colaboraciones —marcadamente subjetivas, por lo general— de Dorothy Parker y Lillian Helman, en tanto que otras plumas católicas y anticomunistas clamaban desde los periódicos de la cadena de W.R. Hearst en favor del bando franquista. El clero católico estuvo desde el primer momento del lado de los rebeldes, con el cardenal de Nueva York a la cabeza. No obstante; episodios como el ya mencionado del bombardeo de Guernica, contribuyeron a que la iglesia católica norteamericana no estuviera ya tan segura de cuál era el bando que había de contar con sus simpatías. En este sentido, la confusión de muchos escritores no es más que el reflejo de la existente entre el público en general. Malcolm Cowley, en su discurso ante el Congreso Internacional de Escritores celebrado en España en 1937, solicitaba de sus colegas españoles que le informaran de sus luchas, de sus campañas en el frente y en la retaguardia, de las obras literarias que podían contribuir a levantar la moral del combatiente, de cualquier aspecto que pudiera redundar en un mejor conocimiento de las necesidades del pueblo español, a fin de proveer desde los medios intelectuales de los Estados Unidos la ayuda más conveniente y apropiada.

El sello del compromiso ideológico desencadenado por la guerra de España aparece, pues, en los Estados Unidos en los escritos autobiográficos y en los artículos periodísticos, en el teatro y en la poesía; en las novelas cuya acción transcurre durante el conflicto y en las que toman todo el argumento o parte de él de estos sucesos, como *Departure*, de

Howard Fast, o *Key Largo*, de Maxwell Anderson. La guerra o sus prolongaciones inspiraron asimismo a otros muchos novelistas: Eliot Paul (*The Life and Death of a Spanish Town*), Norman Mailer (*Barbary Shore*), Mary MacCarthy (*The Group*), Lionel Trilling (*The Middle of the Journey*), Robert Penn Warren (*Flood*), Dos Passos (*Adventures of a Young Man*), Alvah Bessie (*The Un-Americans*) y William Herrick (*¡Hermanos!*), entre otros. Hubo quienes, en cambio, se mostraron mucho menos interesados en lo que acontecía en España, e incluso algunos vivían completamente ajenos al conflicto. George Orwell refiere en uno de sus ensayos cómo, camino de España, coincidió con Henry Miller en París, y hasta qué punto le sorprendió el hecho de que Miller no sólo no sintiera ningún interés por la guerra, sino que consideraba estúpido ir a España a comprometerse con cualquiera de los contendientes. Las ideas de Orwell sobre la defensa de la democracia le parecían a Miller un puro camelo. Orwell atribuye esta postura al profundo sentido catastrofista y apocalíptico del escritor norteamericano, no exento, en su opinión, de una cierta dosis de irresponsabilidad.

Los poetas también dejan oír sus voces de tinta y pólvora desde el mismo escenario de los hechos. El soplo épico y el hálito sentimental emergen engarzados de ese mundo extraño y febril que es la guerra. Suele ser por lo general una poesía que, por su misma esencia, huye de preciosismos, soslaya hermetismos innecesarios y logra comunicar a los demás la experiencia existencial del poeta; éste busca una forma de expresión asequible para sumergir al lector en la tragedia, sin que por ello tenga que renunciar a la belleza. Esta poesía va mucho más allá de la simple crónica subjetiva, al adquirir una dimensión trascendente. Puede ser realista, narrativa o fuertemente intimista, pero impregnada al mismo tiempo de un tinte épico que tiende a engrandecerla. Con todo, la calidad literaria es muy heterogénea —la de algunos poemas incluso ostensiblemente escasa— pero poseen un valor documental indiscutible. Para todos aquellos que escribían desde el frente, la guerra suponía un drama personal de gran envergadura. El poeta, ya fuera profesional o simple aficionado, echaba mano de un instrumento de utilidad nada despreciable y, con el fusil en una mano y la pluma en la otra, desgranaba su roja simiente de versos y balas. Qué duda cabe que las segundas eran más útiles que las primeras, pero, en conjunto, la labor de estos hombres no debe ser desdeñada. El poeta se afirma una y otra vez en la justicia de la causa que defiende y, en implacable dialéctica, pugnan dentro de él lo emocional y lo racional, el idealismo sublime y la dura realidad de la trinchera o de la ciudad sitiada.

Muriel Rukeyser vivió en Barcelona la primera semana de la lucha fratricida. Su poema «Mediterranean» («Mediterráneo») describe la salida rumbo a Sète del barco *Ciudad de Ibiza*. En este navío fueron evacuados el 25 de julio los norteamericanos, belgas y húngaros que habían acudido a la Ciudad Condal para participar en los Juegos Olímpicos Antifascistas. Estos Juegos habían de celebrarse entre el 19 y el 26 de dicho mes y fueron suspendidos como consecuencia de la rebelión de la madrugada del 18. Algunos atletas optaron por quedarse en Barcelona, formando parte del primer contingente de extranjeros voluntarios dispuestos a apoyar al gobierno español, y constituirían el núcleo de la futura Columna Internacional. Muriel Rukeyser retrata el ambiente de la ciudad (barricadas, bombas, puños alzados, torres de humo...) y el muelle que poco a poco se va desvaneciendo en la distancia tras la estela del buque. El Mediterráneo, surcado por el *Ciudad de Ibiza*, sirve de motivo de reflexión a la poetisa, en cuya mente se agolpan imágenes y recuerdos recientes, para finalizar el poema con una invocación precisa:

Haz de cada uno de nosotros
un continente y un amor interior,
la Atlántida sepultada afuera
que ha de ser ganada.*

Pero en el poema también tiene cabida la nostalgia por los que se quedan, como el alemán Otto Bloch, que decide permanecer en tierra para unirse a la lucha, fundiéndose con un pueblo cuya libertad corre peligro.

Archibald MacLeish escribió un emotivo poema titulado «The Spanish Lie» («El engaño español»), lleno de pesimismo y amargura. MacLeish presidió el 4 de junio de 1937 la sesión de apertura del Segundo Congreso de Escritores Americanos, y desde la tribuna pidió la solidaridad de todos los escritores para enfrentarse al fascismo y ayudar a los países que, como España, se encontraban amenazados por ese peligro. El poeta de color Langston Hughes, por su parte, combatió en las trincheras y escribió algunos poemas como «Hero International Brigade» («Héroe de las Brigadas Internacionales») y «Tomorrow's Seed» («Semilla del mañana»). El primero presenta al joven que ofrece su vida apenas iniciada para que otros puedan vivir; en el segundo se abre un resquicio de esperanza de un porvenir más justo labrado en las tierras de España.

Edwin Rolfe también estuvo en el frente y colaboró con el diario de los combatientes de lengua inglesa *Volunteers for Liberty*. Testigo presencial de los bombardeos sobre Madrid, admirablemente descritos en su poema «City of Anguish» («La ciudad de la angustia»), Rolfe seguirá recordando sus experiencias en España y plasmándolas en escritos posteriores. Para él, como para otros muchos, la guerra no sólo fue una tragedia personal, sino que sus consecuencias acentuarían el significado íntimo de esa experiencia y marcarían el resto de su vida. Los versos finales de otro de sus poemas, «First Love» («Primer amor»), así parecen pronosticarlo:

Mi corazón estará eternamente cautivo de esa otra guerra
que me enseñó por encima de todo el sentido de la paz y el compañerismo
y siempre pienso en mi amigo, que entre la presencia de las bombas
vio sobre el lago lírico el singular cisne perfecto.

Otro de los norteamericanos alistado en las Brigadas Internacionales fue James Neugass. Entre otros celebrados poemas, escribió uno como homenaje a la actuación de sus compatriotas de la Lincoln en Villanueva de la Cañada. El poema, titulado «Before Battle» («Antes de la batalla»), describe la ansiedad y la congoja del soldado en las penosas horas que preceden al ataque y a la subsiguiente toma de la población. Con el corazón encogido por la zozobra, el voluntario hace mentalmente testamento:

Rico en bancarrota, al mundo
le dejo el corazón, a la República mi arma,
a los lentos ojos de los hombres mis pasos indelebles.

* La traducción de ésta y otras citas de poemas aquí mencionados procede de Román Álvarez y Ramón López Ortega, eds., *Poesía Anglo-Norteamericana de la Guerra Civil Española: Antología bilingüe*. Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 1986. Este volumen recoge una selección de 130 poemas representativos de más de 70 autores diferentes.

Los medios intelectuales británicos vibraron de un modo especial, sacudidos por lo que algunos denominaron gran catástrofe romántica. El encendido espíritu de muchos poetas nos recuerda a aquel Wilfred Owen que plasmara en versos memorables la Primera Guerra Mundial en toda su crudeza, lejos del heroico idealismo que otros exhibían desde reductos más confortables y seguros. Hasta tal punto la guerra civil española acaparó la atención de estos jóvenes, que críticos y estudiosos se han referido a ella como «la guerra de los poetas». A principios de los años cuarenta se preguntaba C. Day Lewis: «¿Dónde están los poetas de la guerra?» —«Muertos en España», sería la sarcástica respuesta rápidamente acuñada. Podrían contarse por decenas los noveles escritores —no sólo poetas— para quienes la palabra España adquirió un valor casi mágico, haciéndoles sentir por primera vez en su vida la llamada de las armas. De esta manera, una parte de la intelectualidad británica supo conjugar la pluma con los fusiles, las letras con las armas, la retórica con la acción directa, las manifestaciones multitudinarias en Trafalgar Square con la amarga soledad de las trincheras. La práctica totalidad de ellos apoyó la causa republicana por medio de una poesía apasionada y comprometida.

No todos poseían la misma lucidez intelectual y poética, ni siquiera participaban del mismo grado de compromiso —el de algunos sólo duraría el tiempo que permanecieron en España—, pero compartían la sensación, más o menos acusada, de estar librando una especie de guerra santa contra las potencias del mal. Desde el punto de vista ideológico, la gradación va desde los comunistas más enfervorizados hasta los liberales, pasando por los anarquistas y los independientes, pero todos congregados bajo la amplia etiqueta de escritores de izquierdas. El discurrir del tiempo y las vivencias personales hicieron que varios de ellos mostrasen su desencanto y renunciaran de forma explícita a las teorías políticas y estéticas exteriorizadas en algunos de los poemas más representativos. W. H. Auden, por ejemplo, alteró su poema «Spain» y lo excluyó de varias ediciones antológicas de su obra. Stephen Spender, por su parte, se lamentaría del excesivo compromiso de la poesía —propia y ajena— que llega a perjudicar a la larga la labor del poeta. La mayoría de quienes en un momento de fogoso entusiasmo llegaron a afiliarse a un partido (Auden y Spender incluidos), devolvieron sus credenciales tras una efímera y, por lo general, decepcionante militancia. Pero España marcaría un hito en sus vidas como ciudadanos y como poetas, aunque los menos afortunados no tuvieran oportunidad de reconsiderar lo acertado o no de unas convicciones que les llevaron a morir en una patria extraña. John Cornford, Ralph Fox, Julian Bell, Charles Donnelly y Christopher Caudwell, entre otros, caerían en España a las pocas semanas de incorporarse al frente.

Ya se ha abundado en el hecho de que los acontecimientos políticos españoles eran seguidos con creciente preocupación por los intelectuales británicos; pero conviene añadir que también los poetas españoles, de modo especial los de la generación del 27, eran bien conocidos en los círculos literarios ingleses. Además, ciertos acontecimientos particularmente infaustos y dolorosos supusieron un fuerte aldabonazo en las conciencias de quienes, por otro lado, ya tenían triste constancia de la incompatibilidad entre los sistemas dictatoriales y la libre expresión de las ideas, sean éstas políticas o artísticas. La muerte de Federico García Lorca fue para los medios literarios internacionales el paradigma de barbarie sin sentido. Este crimen reafirmó las convicciones de quienes, por propia experiencia o de oídas, sabían del poco afecto que los regímenes totalitarios han tenido por los libros y por cualquier otro instrumento susceptible de propagar la cultura. Las quemadas de libros,

los saqueos de librerías y las persecuciones de cuantos utilizaran la letra impresa para otra finalidad que no fuera la loa y el panegírico del poder eran, por desgracia, moneda de curso común entre los gobiernos fascistas. Y los rebeldes españoles no fueron —sobre todo en esos primeros y crispados momentos— la excepción a esa penosa regla.

Así pues, a los intelectuales, «instrumentos sensibles de la nación» como se les apodaba en una carta dirigida en junio de 1937 desde París a los poetas y escritores británicos firmada por colegas de renombre, les tocó asumir el papel de sensibilizadores del resto de la opinión pública. Unos lo hicieron mediante la pluma; otros, más apasionados, optaron por el campo de batalla. En su fuero interno intuían que la cultura en general, la libertad, la justicia y, en último extremo, la propia poesía, peligrosaban seriamente. La guerra civil española provocó una controversia a la que era difícil sustraerse, por más que la postura oficial del gobierno inglés fuera la de no intervención, como es bien sabido ratificada en el acuerdo de agosto de 1936. Escritores como Dos Passos, por ejemplo, y otros franceses e ingleses, intentaron persuadir a los gobiernos respectivos de lo peligroso de su postura ante el conflicto español. El poema de Edgell Rickword «To the Wife of Any Non-Intervention Statesman» («A la esposa de cualquier político no intervencionista») incide en este mismo problema en términos abiertamente satíricos, y en parecidos términos se lamenta Alberti en «Europa y el caracol»:

Huyendo de la paz marchóse Europa,
quien, por no darnos crédito a los ojos,
no quiso compartir nuestros enojos
ni con nadar, ni con guardar la ropa.

España se convirtió, pues, en el campo de batalla ideológico de Europa. La polarización de las diferentes posturas se hizo tan patente que cada vez quedaba menos lugar para la indiferencia. En 1937 la *Left Review* realizó una encuesta entre los escritores británicos, con una doble pregunta que se formulaba en los siguientes términos: «¿Está usted a favor o en contra del gobierno legítimo y del pueblo de la España republicana? ¿Está usted a favor o en contra de Franco y el fascismo?». Los encuestados fueron 148, de los cuales 127 se pronunciaron a favor de la República, entre otros, Valentine Ackland, W. H. Auden, Cyril Connolly, C. Day Lewis, Geoffrey Grigson, Harold Heslop, Aldous Huxley, John Lehmann, Louis MacNeice, Sean O'Casey, Herbert Read, Edgell Rickword, Stephen Spender, John Strachey, Rex Warner, Alick West y Leonard Woolf.

En contra se manifestaban cinco y, finalmente, un pequeño grupo en el que se encontraban Bernard Shaw, T. S. Eliot, Ezra Pound, H. G. Wells y una docena más, se debatía entre la ambigüedad y la duda.

Desde la perspectiva actual, resulta particularmente llamativo el carácter premonitorio de muchas opiniones advirtiendo acerca de la inminencia de una segunda conflagración mundial, condicionada en buena medida por el resultado de la guerra española. Spender, en su respuesta a las preguntas de la *Left Review*, resume el sentir de un buen número de intelectuales sobre una nueva guerra que podría afectar a todo el continente: «Si Franco triunfa en España, el fascismo habrá ganado la tercera gran victoria en una contienda internacional que comenzó en Manchuria, continuó en Abisinia, y puede terminar en España. Si Franco triunfa, el principio de la democracia habrá recibido un severo golpe, y la pers-

pectiva de una nueva guerra imperialista estará mucho más próxima». Auden afirma en su respuesta el apoyo al gobierno de Valencia, porque «una victoria por parte de las fuerzas del fascismo internacional supondría un importante desastre para Europa y haría más probable una guerra europea». L. Abercrombie, a su vez, afirma en la misma encuesta: «La guerra en España es crucial para Europa y para la civilización»; Jack Lindsay alude a «los propósitos imperialistas de una guerra mundial por parte de Hitler y Mussolini». El norteamericano Upton Sinclair, en un artículo publicado en *ERI*, semanario del Partido Comunista de Euzkadi correspondiente al 1 de mayo de 1937 («Neutralidad en favor del fascismo»), reivindica el derecho del gobierno español a comprar armas para defenderse de los rebeldes, al tiempo que denuncia la «sospechosa inhibición» de los Estados Unidos; y añade textualmente: «Si permitimos que Hitler y Mussolini venzan al gobierno español, pronto podremos convencernos de que, lejos de quedar nosotros al margen de la guerra, nos veremos condenados inevitablemente a ser arrastrados a una nueva contienda». Y en España, Fernando de los Ríos, en su discurso ante el II Congreso Internacional de Escritores, decía que «el futuro inmediato de Europa depende de España». Conviene recordar, una vez más, que todas estas opiniones fueron expresadas en 1937, pero este temor ya se encontraba latente en los círculos literarios y artísticos incluso antes del inicio de la guerra Española. Edward Upward, en «The Island» («La isla»), una historia corta publicada en 1935, anuncia en varios pasajes el advenimiento de otra gran guerra; y el mismo autor, ya en 1938, pone en boca de uno de los personajes de la novela *Journey to the Border* (*Viaje a la frontera*) las siguientes reflexiones: «Probablemente pronto tendré que participar en una guerra. Una guerra defensiva, una guerra por la libertad, sin duda...». John Strachey, en *Literature and Dialectical Materialism*, publicado en 1934, opina: «Cualquiera que haya visto lo que el capitalismo ha hecho en Alemania; cualquiera que se percate de la proximidad de la guerra, sería un loco si no se asustara». En este contexto, no resulta extraño, pues, que la guerra española no parezca sino el primer acto de una tragedia cuyo escenario posterior sea el continente europeo.

Es cierto que los poetas anglosajones contribuyeron a rodear la guerra civil de un halo casi doméstico y a sensibilizar a sus compatriotas desde los medios de comunicación. Sin embargo, no fueron los únicos —ni siquiera los primeros— que entraron en España para participar en la contienda. En realidad, los dos primeros ingleses de cuya presurosa llegada se tiene constancia, fueron dos sastres londinenses que se encontraban recorriendo Francia en bicicleta y pusieron rumbo a España tan pronto como tuvieron noticia de la sublevación; al llegar a Barcelona organizaron el primer grupo británico de voluntarios. La víctima inicial de quien se tiene noticia fue la pintora y escultora Felicia Browne, que había llegado a Barcelona para presenciar los Juegos y decidió quedarse tras el levantamiento. Murió a finales de agosto en el frente de Aragón. En octubre de 1936 comenzaron a llegar los primeros voluntarios ingleses organizados, y sucesivos contingentes irían nutriendo las Brigadas Internacionales. Su extracción social era muy variada, al igual que sus profesiones. En la relación nominal de miembros de las Brigadas Internacionales del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, aparecen registrados más de una treintena de oficios y ocupaciones diferentes. Las edades eran asimismo diversas. En total, casi tres mil británicos llegaron a alistarse en las Brigadas, de los cuales más de quinientos perdieron la vida y más de un millar resultaron heridos. Evidentemente, los intelectuales constituían franca minoría, pero fue la presencia de éstos la que en buena medida contribuyó a la crea-

ción de esa aura literaria con la que, desde el principio, se rodeó a la guerra civil. Por otro lado, las Brigadas Internacionales, en su conjunto o por batallones, en sus gestas y en sus reveses, fueron objeto de no pocos poemas.

La fuente argumental de esta poesía sobre la guerra civil es sumamente variada. Unos poemas son abiertamente partidistas, muy marcados desde el punto de vista ideológico por el mensaje político que de ellos se desprende. Otros, en cambio, son menos grandilocuentes, más líricos e intimistas. Los hay que se asientan en la dura realidad de la guerra, en tanto que otros exhiben más ternura que épica, siendo para ellos la contienda un simple telón de fondo sólo identificable en ocasiones por alguna que otra mención toponímica. La justicia de la causa se repite con insistencia, lo mismo que las victorias sobre el enemigo y, ocasionalmente, también las derrotas sufridas. La nostalgia del hogar lejano, los compañeros que se quedaron en el país de origen del poeta, los camaradas caídos, los héroes (individuales o colectivos), y los amigos más entrañables, son objeto de poesía frecuentemente de tono elegíaco. La imagen del combatiente que muere casi sin saber cómo ni por qué es muy reiterativa: el muchacho cuya muerte no tiene nada de glorioso, el infeliz que ni es héroe ni había pretendido serlo. La vida de los presos en los campos de concentración, la vergüenza del cobarde, el baldón del desertor, o el compañerismo cotidiano, tienen cabida en los poemas, como también las cuestiones de política internacional, las mezquinas querellas religiosas, la grandeza de todo un pueblo alzado en armas, o incluso las ciudades, lugares o accidentes geográficos —Madrid, Guadalajara, el Ebro, Brunete, el Jarama...— cuyo nombre se asocia a algún hito en la contienda. Los bombardeos y sus terroríficos efectos, la impotencia y la angustia ante un ataque aéreo, constituyen el tema fundamental de poemas no pocas veces pergeñados en esos mismos instantes de zozobra. Cualquier hecho de armas podía reflejarse en apresurados versos, fruto del encendido entusiasmo de cualquier aficionado con ribetes de poeta, como el anónimo autor del poema «Teruel». Este improvisado rapsoda publicó en AMI (periódico de la Ayuda Médica Internacional), en febrero de 1938, un exaltado cántico a la toma de esa ciudad, lleno de fáciles y pedestres rimas («*People's Front... With Teruel marching along ... Singing our song ... Teruel's spurring us on...*»), etc. También de autor anónimo, perteneciente a la Brigada Lincoln, es la letra de una modesta canción dedicada a algo tan poco lírico como es la cocina de campaña y su inevitable bazofia; el «poema» finaliza diciendo: «*Old soldiers never die ... they just fade away*» («Los soldados veteranos nunca mueren... simplemente desaparecen»). El número de ejemplos de estas entrañables y cotidianas tonadas podría multiplicarse. Jack Black fue un dirigente del partido laborista británico, de Dover, que murió en Brunete. Era oficial de la compañía anticarros y tal vez en una pausa del frente improvisó un poema de dieciséis versos titulado «*Song of the Anti-Tanks*» («Canción de los antitanques»). Resulta difícil, aunque sea de pasada, tocar tantos tópicos en tan escaso número de versos, a saber: la soleada España, la persecución de los fascistas, las relaciones de éstos con el clero, la eficacia de nuestras armas frente a los tanques de Mussolini, y, finalmente, en la última estrofa, la obligada referencia que hoy no dudaríamos en calificar de planfletaria:

We've come to show our might
In the proletarian fight,
And to show to all the nations
That the people's cause is right.

(Vinimos a mostrar nuestro poder
 en la lucha proletaria,
 a enseñar por todo el mundo
 que la causa del pueblo es justa).

La improvisada trova apareció en *Our Fighth / Nuestro combate*, periódico de la XV Brigada, en el número correspondiente a diciembre 1937 / enero 1938. Y, dicho sea de paso, esta publicación, bajo el epígrafe «Spanish Lesson», solía insertar de forma periódica una pequeña lista de vocabulario de uso cotidiano en inglés, seguido de su equivalencia en español, junto con una curiosa pronunciación figurada. Sirvan como ejemplo las siguientes palabras y expresiones: *arrived*=llegado (yegá-do); *I have received a gift*=he recibido un regalo (a raythee-béedo con ray-gálo); *give me a light* = dame lumbré (damay lommbréh); *it is a fine day* = hace un buen día (a-thay oon boo-en di-a). Los editores de *Our Fighth*, como puede apreciarse, no descuidaban otros aspectos formativos más útiles e inmediatos.

La guerra civil española no despertó en todos los países idéntico interés. En Irlanda, por ejemplo, apenas si llegaron a publicarse poemas alusivos a ella, y son pocos los nombres relevantes asociados a la poesía que aquí nos ocupa, excepción hecha de Louis MacNeice y C. Day Lewis, ambos afincados en Inglaterra. La figura más conocida en el panorama de la lírica irlandesa, Yeats, murió en 1939, antes de que finalizase el conflicto; su posición ante éste en los tres últimos años de vida fue más bien equívoca y ambivalente. Tildado de fascista por Orwell, Yeats era, ciertamente, profranquista. Veía con buenos ojos la jerarquización y el orden aristocrático, aunque mantuviera serias reservas en lo tocante al maridaje del catolicismo con los poderes políticos y militares. Es más que probable que, de haber vivido unas semanas más, se hubiera alegrado al conocer el desenlace de la guerra. En cambio, otro irlandés, Somhairle MacAlastair, satiriza las actuaciones en España de la Brigada Irlandesa en un poema titulado «Battle Song of Irish Christian Front: "Off to Salamanca"»). El Frente Cristiano Irlandés era, en principio, una organización médica de apoyo a Franco que, junto con la Brigada del general O'Duffy, aglutinó a unos setecientos hombres que estuvieron en España desde noviembre de 1936 hasta mayo de 1937. Su incidencia en los campos de batalla fue casi irrelevante. En el bando gubernamental había un escaso número de irlandeses partidarios también de la causa republicana en su propio país. Habían llegado al mando del capitán Frank Ryan y se distribuyeron entre los batallones británicos y americanos de las Brigadas Internacionales. Así pues, en campos enfrentados se encontraban, por un lado, los republicanos de ambos países y, por otro, los llamados nacionalistas. Estos últimos llegaban imbuidos de gran fervor religioso y contaban con el apoyo explícito de la jerarquía católica irlandesa. Y era contra estos compatriotas suyos contra los que MacAlastair lanzaba sus satíricas baladas.

Charles Donnelly fue uno de los jóvenes poetas irlandeses que llegaron a España a ayudar a la República. Había estudiado en la universidad de Dublín, pero al ingresar en el partido comunista se trasladó a Londres. Allí colaboró en diversas publicaciones de carácter político y literario, entre ellas la *Left Review*. A finales de 1936 vino a España y se incorporó al Batallón Lincoln. Escribió un buen número de poemas e incluso comenzó una novela y un ensayo sobre estrategia militar. En febrero de 1937 murió en el frente del Jarama, truncándose así un brillante porvenir a la edad de 26 años. El número 1 de mayo

de *Our Fight / Nuestro Combate* da noticia de la muerte de dos irlandeses: Hugh Bonar y Charles Donnelly. De Donnelly, tras enumerar algunos rasgos biográficos, el columnista resalta su valor en el combate, como lo prueba el que su cadáver fuera encontrado a unos pocos metros de las líneas enemigas; y concluye el obituario: «Intelectual y erudito, de gran valor y entrega para morir por la libertad de un mundo que ha de ser ganado para la causa de esa libertad». Donagh MacDonagh publicó en *Ireland Today* (n.º 7 julio 1937) el poema «He is Dead and Gone, Lady...» («Está muerto y se ha ido, señora...») como homenaje a Donnelly, «seguidor de fatuos fuegos de verdad y libertad». El poema concluye dejando filtrar un rayo de esperanza acerca de la utilidad de la muerte de «ese loco misionero». Los poemas de Donnelly destilan una mixtura que va desde el compromiso político conscientemente aceptado a la irracionalidad de la violencia en el campo de batalla; desde el análisis sereno de las posibles causas de la guerra hasta la incontrolada reacción emocional ante la muerte del camarada.

Otro universitario irlandés, nacido en Dublín y educado en la Universidad, es Ewart Milne. Milne llegó a España como miembro del Comité de Ayuda Médica. Lo mismo que Donnelly colaboró en la revista *Ireland Today* y escribió profusamente acerca de la guerra civil en prosa y en verso. Su postura ante la guerra fluctúa entre la neutralidad y el fervor revolucionario, lo cual bien pudiera ser fruto no sólo de su propia confusión política sino también de la incertidumbre de sus convicciones.

Louis MacNeice, también de origen irlandés, llegó a Barcelona a finales de 1938 y se fue poco antes de que la ciudad cayera en manos de los nacionales. En la sección VI de *Autumn Journal (Diario de Otoño)* MacNeice evoca la España inmediatamente anterior al inicio de la guerra civil, una España «lista para la revuelta y la ruina», una España que «pronto expresaría nuestro dolor y nuestros anhelos». El testimonio literario de MacNeice es ambiguo, reflejo de la incertidumbre ante el futuro. El poeta se ve a sí mismo y ve a los demás en un callejón sin salida, incapaces de resolver la antinomia del momento.

De entre los intelectuales ingleses desaparecidos en España, John Cornford, Ralph Fox, Christopher Caudwell y Julian Bell, son los más destacados, puesto que, a pesar de su juventud, eran ya conocidos en los cenáculos literarios, si bien sus nombres se adentrarían en la esfera de lo mítico a raíz de su marcha para España y de su muerte posterior. El gesto heroico de estos hombres que abandonaron una vida confortable para luchar por unas convicciones y morir por ellas fue publicado, difundido y hasta magnificado por los órganos de expresión —políticos y literarios— más afines a la ideología de las víctimas. *Daily Worker, Left Review, New Writing, New Statesman*, y otras publicaciones menos comprometidas ideológicamente pero simpatizantes con la legalidad republicana, dedicaron encomiásticos panegíricos a las víctimas y elogiosas reseñas de sus obras. Los excesos laudatorios, eran, a veces, tan evidentes que bien podía pensarse en una manipulación de la memoria de los muertos con fines claramente partidistas. Acaso esto fuera inevitable en un momento crucial en el que la intelectualidad estaba muy sensibilizada hacia todo lo relacionado con España, y había que transmitir esa preocupación al resto de los ciudadanos. En cualquier caso, la guerra fue pródiga en víctimas y, en su voracidad, suministraba a diario tantos héroes como fueran necesarios.

En los últimos días de diciembre de 1936, según unos, o en los comienzos de enero de 1937, según otros, cayeron en el frente de Córdoba Ralph Fox y John Cornford. El primero de ellos contaba treinta y siete años y ya había tomado parte en la primera guerra

mundial. En 1920 Fox visitó la región sureste de Rusia como miembro de una organización de carácter benéfico y humanitario, y con posterioridad se interesó en sus estudios por los enciclopedistas franceses y por las lenguas orientales. Fue uno de los fundadores de la *Left Review*, que le rindió un gran tributo en el número de febrero de 1937, y uno de los primeros colaboradores de *New Writing*. Publicó una novela, algo de poesía y varios libros de ensayos políticos y literarios; dos de ellos aparecieron semanas después de su muerte: *Portugal Now (Portugal ahora)* y *The Novel and the People (La novela y el pueblo)*. Este último libro, publicado en España muchos años más tarde (Akal, 1975), ha sido uno de los clásicos ingleses de la crítica literaria desde la perspectiva marxista, junto con *Crisis and Criticism*, de Alick West y *Illusion and Reality*, de Christopher Caudwell. Los tres salieron a la luz a principios de 1937.

John Cornford sólo tenía veintiún años cuando murió en el mismo frente —y probablemente el mismo día— que Ralph Fox. Procedía de una ilustrada familia de intelectuales: su madre era poetisa y su padre un prestigioso profesor de Cambridge. Tras una breve estancia en Londres, Cornford permaneció tres cursos en Cambridge, donde desplegó una gran actividad como dirigente del movimiento estudiantil. En cuanto estalló la guerra en España, se dio cuenta de las repercusiones que ese hecho podía tener incluso para Inglaterra. Espoleado por sus convicciones políticas —y tal vez impulsado por algún otro asunto de índole personal, como maliciosamente algunos han apuntado— Cornford se trasladó en cuanto le fue posible a España. Después de casi dos meses en el frente de Aragón, regresó a Inglaterra a finales de septiembre para reclutar más voluntarios. A la vuelta, fue herido en la ciudad universitaria de Madrid y algo más tarde caería en el frente de Córdoba. «Full Moon at Tierz: Before the Storming of Huesca» («Luna llena en Tierz: antes del asalto a Huesca») es un poema político e intimista al mismo tiempo, en el que se entremezcla toda una concepción de la Historia en su sentido más amplio (el pasado, el presente y el futuro que ha de forjarse en ese presente) con sentimientos íntimos y personales, como el miedo y la angustia ante la proximidad del combate. Pero el poema también es una llamada de atención para aquellos que se sienten seguros en sus hogares, lejos del escenario de la guerra. Cornford les recuerda que la libertad es algo más que una mera palabra; que hay que ganarla y conservarla luchando, y que se trata, en suma, de una empresa común que a todos afecta. En «A Letter from Aragon» («Carta desde Aragón») Cornford se aleja de la Historia y nos presenta, en cambio, el lado casi anecdótico de la guerra: el entierro de uno de tantos muertos; algo anodino y cotidiano, donde la muerte está desprovista de dignidad, como lo demuestra el detalle, más bien macabro, de los pies del difunto saliéndose del sudario, o el hedor que desprende el cadáver por entre los tablones de pino del improvisado ataúd. Pero precisamente en esa sencillez radica la grandeza del poema. Lejos de la epopeya, del heroísmo y de los tópicos, Cornford desvela las miserias de la guerra, como antes hiciera Owen. El tercer poema, dedicado por el autor a Margot Heinemann, evoca con ternura el recuerdo del ser querido. Es el último adiós del soldado a la amada. Cornford confiesa su miedo, el miedo a no poder regresar junto a los suyos, el miedo a perder la vida, el miedo, en fin, que cualquier soldado experimenta antes de entrar en combate, coronado por una rotunda confesión de amor. Es un poema profundamente subjetivo, en el que de una forma sencilla pero patética se expone la triste función de la guerra como separadora de amantes. La dulzura desplaza al heroísmo y la modestia a los fastos marciales.

Experto en temas de aeronáutica y crítico literario, Christopher Caudwell, cuyo nom-

bre verdadero era Christopher St. John Sprigg, llegó a España en diciembre de 1936 y murió en el Jarama el 12 de febrero de 1937 empuñando una ametralladora, según un testigo presencial. Tenía veintinueve años. Entre sus publicaciones se cuentan cinco textos sobre aeronáutica, siete novelas policíacas, poemas, historias cortas, y sus dos libros más conocidos: *Illusion and Reality*, que estaba en prensa cuando él murió, y *Studies in a Dying Culture*, también póstumo, aparecido en 1938. *Illusion and Reality* es un acercamiento al fenómeno de la poesía desde sus orígenes hasta su futuro desarrollo, y al papel que ha desempeñado en la Historia de la Humanidad. Aborda con detenimiento la poesía inglesa y la divide en diez períodos bien diferenciados. Es en el último de ellos, correspondiente a los años treinta, cuando el fenómeno poético se carga de contenido social y expresa abiertamente su rebeldía ante un mundo que no identifica como suyo. Y a tal efecto, revisa ese compromiso social primario de un ropaje formal en el que se compendian todas las técnicas poéticas de los períodos precedentes.

Al estudioso de la literatura inglesa contemporánea le resultarán más significativos los nombres de Auden y Spender. Ninguno de ellos, para fortuna de las letras, corrió la desgraciada suerte de tantos de sus compatriotas en suelo español. W. H. Auden vino a España en enero de 1937. Su salida de Inglaterra fue rumbosamente aireada a través de los distintos órganos de la izquierda británica (no así el regreso, más bien discreto y callado). Era intención de Auden ofrecer sus servicios como camillero, o bien ayudar de alguna manera en cuestiones médicas y sanitarias. Al volver a Inglaterra compuso «Spain». El dinero recaudado por la venta del poema estaba destinado a la Ayuda Médica Española. Se trata de una composición polémica, tachada a veces de evasiva, distante, abstracta y retórica en exceso por sus detractores, pero sin duda el poema más famoso de cuantos se publicaron en inglés sobre la guerra civil. George Orwell, que critica algunas partes de «Spain», sostiene, no obstante, que «es una de las pocas cosas decentes que se han escrito sobre la guerra española». A primera vista puede parecer que España es, más que el sujeto del poeta, el pretexto para que Auden formule toda una teoría de la Historia a partir de la guerra en España. Una vez más, el pasado, el presente y el futuro se engarzan en el poema y vertebran su contenido. El futuro se está fraguando en el presente y éste, para Auden en 1937, es España y todo lo que en ese momento simboliza. La Historia, en definitiva, la hacen los hombres y sobre ellos recaerá la responsabilidad de una elección acertada o errónea. La ayuda y el perdón a que hace referencia el último verso, podrán ser incluso irrelevantes en ese enorme proceso en el que —al menos en 1937— no había aún nada decidido. La crítica se mostró dividida ante «Spain» desde el primer momento. Stephen Spender, en su autobiografía, se refiere al poema de pasada, diciendo tan sólo que es «la mejor defensa poética de la República escrita en inglés». Los ataques se prodigaron desde la izquierda y desde la derecha. El mismo Auden llevó a cabo alteraciones y repudió expresamente algunos fragmentos. Sin embargo, «Spain», sugerente o críptico, pero siempre polémico, sigue siendo todavía objeto de estudio y controversia.

Stephen Spender se encontraba en Viena cuando comenzó la guerra civil. En febrero de 1937 entró en España, en parte como periodista, en parte como turista, y en parte siguiendo la huella de un íntimo amigo que se había alistado en las Brigadas Internacionales, lo que le originaría serios quebrantos, pues el joven objeto de sus pesquisas —que en la autobiografía de Spender aparece con el nombre de Jimmy Younger— había desertado y sobre él pesaba una condena a muerte. Spender dedicó entonces todos sus esfuerzos para

conseguir, por fin, la libertad del impulsivo desertor. En Valencia conoció Manuel Altolaguirre, con quien a partir de entonces le unió una fuerte amistad. Spender describe su sorpresa al recibir un buen día un inesperado regalo por parte de Altolaguirre: los once volúmenes de las obras de Shakespeare, editadas por Samuel Johnson y publicadas en 1786. Altolaguirre tradujo poemas de Spender al español (algunos publicados en *Hora de España*) y Spender hizo otro tanto con poemas de su amigo. Aunque el poeta inglés visitó el frente en ocasiones, no llegó a tomar parte activa en la lucha. Fue, en cambio, un participante distinguido en el Congreso Internacional de Escritores, celebrado en Madrid y Valencia durante el verano de 1937. Al Congreso asistieron, entre otros, los británicos Valentine Ackland, Sylvia Townsend Warner y Edgell Rickword. Spender, en su discurso ante los congresistas, comienza evocando a los compatriotas muertos (Fox, Caudwell y Cornford) y mencionando a otros que luchan en los distintos frentes repartidos por la Península: británicos, como Tom Wintringham; alemanes, como Ludwig Renn; españoles, como Miguel Hernández, «el pastor de Málaga (sic) que ha llegado a ser a la vez un soldado de la civilización y el poeta profundamente imaginativo de esta guerra». Prosigue Spender señalando las dos lecciones recién aprendidas: que es todo un pueblo el que sufre, tanto en las ciudades como en las aldeas; y que los crímenes del fascismo son cínicos, bárbaros y reprobables desde cualquier óptica moral; los dirigentes que los han perpetrado, continúa Spender, han de ser condenados «en la historia y en la verdad abstracta y eterna». Los intelectuales, poetas y escritores, son el centro geográfico de la lucha; están en el corazón de la civilización y por ello tienen que manifestar al mundo toda la repulsa moral que la barbarie española les ha producido. Coincide Spender con el sentir de otros muchos que en el mismo Congreso expresaron su convicción de que el lugar de los escritores ya no era la torre de marfil, sino que estaba en el pueblo, para quien tenían que escribir y de quien debían aprender. «Escribir para el pueblo», decía en su discurso Antonio Machado, «es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoi en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra».

Cuenta Spender que cruzó la frontera española con un pasaporte falso a nombre de Ramos, proporcionado por Malraux, con quien hizo el viaje hasta Madrid. El Congreso de Escritores tenía dos objetivos esenciales, según confiesa este insigne participante: uno manifiesto, cual era discutir la actitud de los intelectuales ante la guerra; otro soterrado, consistente en criticar a André Gide. Gide se había convertido en el centro de las iras para un amplio sector del Congreso. Acababa de publicar *Retour de l'U.R.S.S.* después de una visita a la Unión Soviética, donde se le había aclamado como huésped de honor por parte del gobierno ruso. Pero el libro transformó súbitamente a Gide en un «monstruo», comparable sólo con el denostado Trotsky; ambos se habían convertido en una pesadilla para el régimen soviético y su nombre inspiraba repulsión entre muchos de los delegados afectados a Moscú. Esto hizo que el ambiente del Congreso se enrareciera en ciertos momentos, a pesar de la brillantez de las intervenciones de otros participantes menos sensibles a ese problema de fondo. Los actos en honor de los congresistas se prodigaron por doquier. En Valencia, y en su honor, se representó la obra de Lorca *Mariana Pineda* en el teatro Principal, donde también tuvo lugar un concierto de música sinfónica española; y en Miglanilla, entre Valencia y Madrid, todos los participantes se reunieron para recibir un homenaje popular en el Ayuntamiento. Los discursos, o al menos los fragmentos más representativos, se publicaron en el número de *Hora de España* de agosto de 1937, pero la impresión

dominante en Spender fue la de desencanto ante lo que juzgaba un exceso de frivolidad, comodidades y agasajos en un momento en el que el país se desangraba en los frentes. La vanidad de unos, el cinismo, la superficialidad y la hipocresía de otros, hicieron que, a pesar de la simpatía por Altolaguirre, Bergamín, Octavio Paz o Neruda, Spender aluda al Congreso de Escritores como a una fuente de profunda insatisfacción desde el punto de vista de su experiencia personal.

George Orwell fue otro inglés que inmortalizó en *Homage to Catalonia* sus impresiones sobre la guerra civil. El libro ofrece una imagen viva y real de la situación que conoció tras su llegada a Barcelona, en diciembre de 1936. El poema «The Italian Soldier Shook My Hand» («El soldado italiano estrechó mi mano») abunda en ese sentimiento honesto y sin heroísmos que destila su obra en prosa. Orwell resultó gravemente herido y hubo de regresar a Inglaterra, pero sus experiencias en España le marcarían de por vida. Otro poeta, Tom Wintringham, herido en dos ocasiones y enfermo de fiebres tifoideas, abandonó España en noviembre de 1937, después de haber alcanzado el grado de capitán. Wintringham describe en los poemas «The Splint» («El entablillado») y «British Medical Unit-Granien» (Unidad médica británica-Granien) el ambiente entre los heridos y los hospitalizados. «Monument» («Monumento»), es, en cambio, todo un homenaje al pueblo español en su conjunto, a los sacrificios y al heroísmo durante la contienda. Otros poetas no pudieron regresar. Julian Bell, poeta del grupo Bloomsbury, sobrino de Virginia Woolf, hijo de un conocido crítico de arte, murió en Brunete mientras conducía una ambulancia. Había llegado a España un mes antes. Miles Tomalin es otro poeta que en la relación nominal de las Brigadas Internacionales figura como herido y hospitalizado en la clínica militar de Santa Coloma de Farnés. Uno de sus poemas más conmovedores, «Nicholas», está dedicado a su hijo de cinco años, al que el autor recuerda desde España.

Clive Branson fue otro pintor y poeta que cayó prisionero a principios de 1938. Muchos de sus poemas, como «The Nightingale» (El ruiseñor), «Death Sentence Commuted to Thirty Years» («Pena de muerte conmutada por treinta años»), etc., son fruto de las experiencias del autor en las cárceles franquistas, de donde sería por fin liberado al cabo de ocho meses de negociaciones diplomáticas. El escritor australiano, nacido en Melbourne, Jack Lindsay, se trasladó definitivamente a Inglaterra a los veintiséis años. Siguió muy de cerca la guerra española y llegó a confesar su sentimiento de culpa por no haberse alistado en las Brigadas. Tal vez le ayudaran a sofocarlo los encendidos poemas que escribió como prueba de su fervor por la causa republicana. «On Guard for Spain» («En guardia por España»), por ejemplo, es un poema épico, de recitación coral. Lindsay busca en los poemas declamatorios un efecto dramático que consigue por medio de voces distintas en declamaciones corales; de este modo se asegura un fuerte impacto en el auditorio. «En guardia por España» fue recitado en incontables actos y manifestaciones a favor de la República española.

Laurie Lee, autor de los poemas «Words Asleep» («Palabras dormidas») y «A Moment of War» («Un instante de la guerra»), fue uno de los viajeros por España que llegó a Vigo a principios del verano de 1935. Con un violín y escaso equipaje recorrió el país durante algo más de un año. En su libro *As I Walked Out One Midsummer Morning* (*Cuando partí una mañana de verano*), publicado recientemente en España, narra en el más puro estilo del libro de viajes su recorrido desde Galicia hasta Almería, y las incidencias del largo periplo, así como el comienzo de la rebelión del ejército de Africa. Laurie Lee se en-

contraba en un pueblecito de la costa malagueña y allí pudo conocer los horrores del conflicto apenas iniciado, la confusión de los primeros momentos, el pánico en el tranquilo pueblo de pescadores, las primeras víctimas. Lee sería inmediatamente repatriado por un buque británico que lo devolvería a Inglaterra. El poema «Palabras dormidas» profetiza el destino que a muchos aguardaba. Más tarde este escritor regresaría de nuevo a España para unirse a la lucha. En el último capítulo del libro ya mencionado, narra la odisea hasta cruzar los Pirineos en solitario y en pleno invierno, enfrentándose a nevadas y celliscas, a duras jornadas de marcha por escarpados vericuetos y a un destino incierto en el campo de batalla. El poema de 1937 «Un instante de la guerra» ahonda en la soledad del combatiente y en la ansiedad que precede a ese momento fatal en el que «tu aliento es el detonante, la bala y el cielo final».

El único poeta que apoyó con su pluma a los sublevados primero, y al sistema político instaurado por ellos después, fue Roy Campbell, de origen sudafricano. Llegó a España antes del inicio de la guerra y se quedó a vivir en Toledo, ganándose el sustento como tratante y domador de caballos. Anticomunista furibundo y recién convertido al catolicismo, Campbell tomó abiertamente partido a favor de Franco. Su larguísimo poema «Flowering Rifle» («Fusil florido») es el resultado que cabría esperar de un poeta que se erige a sí mismo en cruzado de la católica España. Otros poemas, en cambio, no son tan rabiosamente partidistas o, al menos, no parecen estar tan directamente inspirados por la musa fratricida. Campbell fue también colaborador ocasional en el periódico *British Union Quarterly*, órgano de los fascistas británicos acaudillados por Sir Oswald Mosley.

Otros muchos intelectuales estuvieron en España y sintieron de cerca la guerra civil. Diarios, reportajes, artículos en los medios más diversos, documentales, fotografías, etc. constituyen, como ya se ha dicho, un copioso caudal que demuestra sin lugar a dudas la proyección internacional de uno de los acontecimientos más amargos, dolorosos y sin sentido del presente siglo, cuya trascendencia en la literatura quedaría fielmente cimentada sobre un doliente pedestal de escombros.

ROMAN ALVAREZ RODRIGUEZ

IMÁGENES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
EN LA POESÍA DE EXPRESIÓN INGLESA, *ROMÁN ÁLVAREZ RODRÍGUEZ*

The Spanish Civil War greatly excited the creative imagination of intellectuals in general and of English poets in particular. Essays, novels, theatrical works, newspaper articles, and son on, proliferated during the three years that the war lasted. Many writers came to Spain to follow the events more closely, and a good many lost their lives on the battlefield.

But the emotional impact of the war can be seen especially in poetry. A good number of English-speaking poets —British, Irish, North American, etc.— produced an enormous quantity of poems ranging in content from bald political statement to the most intimate lyricism.